Los operadores del cambio de la política mundial. *Sociología del escenario internacional,* de Bertrand Badie y Marie-Claude Smouts

Liliana Mendizábal Hernández*

Al finalizar el siglo XX, las Relaciones Internacionales, al igual que otras disciplinas sociales, se han visto sorprendidas por la drástica transformación del escenario mundial, en donde los síntomas del agotamiento de los esquemas de control de las grandes potencias, ya presentes en los años setenta, se han agravado al finalizar la Guerra Fría. Las viejas premisas que cuestionaron fuertemente la dinámica de la bipolaridad, como la crisis monetaria, el fracaso del diálogo Norte-Sur, la multiplicación de los conflictos armados no dominados por las grandes potencias o el ascenso (legal e ilegal) de las fuerzas transnacionales, hoy se convierten en los elementos principales de un continuo proceso de redefinición del escenario internacional.

Las fuerzas que en el pasado mantuvieron gran parte del control sobre la política mundial han sido desplazadas por otras que, montadas en el contexto de la mundialización de los intercambios, adquieren enormes espacios de acción pública, en los cuales comienzan a asumir la cuestión internacional, valiéndose de un sistema paralelo al interestatal, pero fuera del control estatal. Es decir, asistimos al tiempo del fortalecimiento de nuevos agentes de la escena internacional que, bajo una voluntad política propia, buscan tornarse en los operadores del cambio político internacional.

En consecuencia, el análisis que en el pasado atendió la problemática internacional desde la perspectiva

realista de la Guerra Fría de los años cincuenta y sesenta, la interdependencia económica en la década de los años setenta y de los problemas estructurales y funcionales de los años ochenta, actualmente enfrenta el reto de construir una nueva Sociología de las Relaciones Internacionales, que dé cabida a los diversos elementos que protagonizan e impulsan los fenómenos de mundialización, internacionalización de la democracia, aumento de los movimientos transnacionales, el resurgimiento de los nacionalismos y fundamentalismos religiosos, entre otros, que caracterizan a la escena internacional.

Los operadores del cambio de la política mundial. Sociología del escenario internacional, representa una propuesta novedosa y creativa para el análisis de los fenómenos internacionales, que desde las trincheras de la Sociología internacional pretende trazar un hilo conductor que nos guíe por el laberinto de hechos y enfoques de los que se compone la disciplina, cuyo punto de partida se establece en la crisis del Estado-nación.

A través de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de Francia & Dalloz, Bertrand Badie y Marie-Claude Smouts, profesores del Instituto de Ciencias Políticas de París, dan a conocer esta investigación, que a lo largo de sus seis capítulos destaca la irrupción de las sociedades y sus estallidos culturales en el plano internacional, las debilidades de la regulación mundial, el estremecimiento de las teorías, las nuevas formas de la integración y la problemática mundial.

A partir del cuestionamiento de aquella unidad que fue considerada por largo tiempo como el elemento base del sistema internacional, estos autores abando-

* Candidata a maestra en Relaciones Internacionales por la UNAM. Profesora adscrita al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

nan la vieja concepción del equilibrio internacional protagonizado por los Estados y el papel de la diplomacia como elemento regulador de las relaciones internacionales. Desde su perspectiva, la invención del sistema internacional moderno es la continuación de la construcción del Estado y no su predecesor; es por ello que el sistema internacional contemporáneo resiente los fracasos y crisis que aquejan al modelo estatal.

Los autores nos invitan a considerar cómo el aumento de los flujos transnacionales y extraestatales, cuya creciente actividad impacta profundamente el funcionamiento del Estado, son el resultado de la forzada universalización que en el pasado consagrara a la entidad estatal como el mecanismo por excelencia de ordenamiento de las sociedades, sobre todo en Europa.

La historia política, social y cultural de los Estados, en la mayoría de los casos, nos muestra que la respuesta social se aleja en mucho de dicha universalización. De igual forma, se observa que aquellos procesos de individualización social que originaron la lealtad directa y prioritaria del sujeto con el Estado al interior de diversas sociedades en regiones como América Latina, Asia y África, han estado confrontados por las relaciones sociales de naturaleza comunitaria, en donde la aparición de lealtades múltiples han impedido la legitimación del Estado y de su monopolio de la violencia.

El modelo de universalización estatal encuentra un fuerte obstáculo en la diferenciación cultural de los pueblos, pues en la diversidad social la política recibe una significación propia que la mantiene distante de las categorías estatales. Por ello, resulta natural que tanto al interior como al exterior de las sociedades aparezcan formas diferentes de concebir el orden social.

Desde el punto de vista internacional, estos fenómenos trastornan seriamente el orden interestatal al diseminar no sólo las funciones políticas de los Estados, sino también de la violencia y de las prestaciones de seguridad. Asimismo, el que las relaciones interestatales respondan a prácticas de entendimiento occidentales no reconocidas por los códigos culturales de los pueblos con tradiciones distintas, han originado que subentidades autónomas busquen desempeñar su propio papel en el escenario internacional.

En un breve repaso de los procesos que llevaron a los pueblos a adoptar el modelo del Estado-nación como forma ordenadora de la vida de las sociedades del mundo, Bertrand Badie y Marie-Claude Smouts resaltan los efectos que la diversidad social opera en las formas de entendimiento a nivel internacional, y señalan

que la receptividad a las normas y los valores que guían al sistema internacional tiene una variabilidad importante de un Estado a otro. Las reglas que rigen las relaciones internacionales, como el derecho internacional público, las prácticas diplomáticas e incluso los procesos de toma de decisiones están, cada una a su manera, marcadas por la identidad estatal. El hecho de que los conflictos Norte-Sur sean atendidos por los primeros en términos de derecho y por los segundos en términos de justicia, constituye uno de los tantos elementos de polémica que encontramos en el escenario internacional, e ilustra claramente la oposición entre la visión del derecho de los Estados y la justicia de pueblos.

El orden racional, legal y universal que por largo tiempo alentó la idea de una comunidad integrada por Estados resulta sumamente abstracto al contraponerlo a la diversidad de significados culturales producto de las historias sociales diferentes, provocando lo que los autores llaman "la venganza de las sociedades reales y concretas en contra del orden estatal", es decir, el ascenso de lo social sobre lo estatal.

Esta situación hace visible la fragilidad de los esquemas universalistas internacionales, al tiempo que muestra la vulnerabilidad del Estado como actor decisivo en el escenario internacional, pues con mayor frecuencia, grupos privados reivindican la identidad antes sólo reconocida a las entidades estatales, ejerciendo incluso funciones que tradicionalmente dependen de la diplomacia.

Desde esta óptica, la crisis estatal provoca que el sistema internacional funcione en un espacio cada vez menos estable, en donde los individuos y las sociedades arrebatan al Estado aquello que se consideraba de pertenencia real u oficialmente. Los movimientos transnacionales adquieren un rol más activo y estructurante, y alentados por el pluralismo cultural, que multiplicó su poder, surten un efecto de presión sobre la forma tradicional de las relaciones interestatales, cuestionando completamente al sistema internacional de Estados soberanos.

Ante este panorama, los retos analíticos que enfrentan las Relaciones Internacionales de fin de siglo son varios, no obstante, la clave se encuentra en la recomposición del saber, pues toda vez que el mundo contemporáneo no responde más a los paradigmas clásicos que sostuvieron los estudios internacionales en el pasado, deberán abandonarse los modelos realistas postulantes de la soberanía exclusiva de los Estados, o aquellos que desde la perspectiva organicista cedieron

a la ilusión de una integración *a priori* del sistema internacional. Luego entonces, la Sociología de las Relaciones Internacionales deberá readaptar su armadura teórica, explorando nuevos horizontes que le abran las puertas del progreso de la sociología, la política comparada y los estudios sobre flujos transnacionales.

Esta obra no pretende hacer una recopilación de los numerosos enfoques que desde la Sociología internacional surgieron hace algunas décadas; por el contrario, pone al día los imperativos analíticos de la disciplina como tal, y da nuevas luces al estudio de la dinámica social haciendo un importante énfasis en sus repercusiones en el plano internacional.

Como en el pasado lo hiciera Marcel Merle en su obra ya clásica *Sociología de las Relaciones Internacionales*, estos autores integran las nociones clásicas y contemporáneas de la Sociología, sobre todo en el ejercicio de identificación de los actores sociales y su papel en la redefinición de la dinámica social internacional; no obstante, señalan la pertinencia de considerar la relación entre el sistema internacional y las formas del conflicto interno de los Estados, enfatizando la multiplicación de los actores sociales.

Por lo tanto, una de las tareas fundamentales que plantean Badie y Smouts es construir una Sociología internacional actualizada que, apartada de los modelos tradicionales utilizados por la Sociología clásica, pueda enfrentar el fenómeno de la organización social bajo las nuevas modalidades de la transnacionalización y la multiplicidad cultural en un contexto de anomia de la sociedad internacional.

Desde su punto de vista, la rápida transformación que se opera en el mundo a raíz del fin de la Guerra Fría ha producido un número creciente de cambios estructurales a escala planetaria, cuya manifestación más evidente ha sido el debilitamiento del marco estatal. Los autores encuentran que, como en cualquier sociedad, al interior de la sociedad internacional existe una serie de zonas de débil regulación —de anomia, según Durkheim— que hace inoperable la tradicional distinción entre lo externo e interno, en un medio internacional basado en el reconocimiento de un centro regulador (Estado) o la ausencia del mismo (anarquía internacional).

La anomia en el sistema nacional se encuentra en la proliferación de “espacios sociales vacíos” sin penetración estatal ni lealtad política, mientras que en el sistema internacional ésta se presenta ante el surgimiento de “grupos organizados” que buscan responder a las

exigencias del intercambio activo entre socios del mismo tipo, fuera de las fronteras y la dirección del Estado.

En el plano internacional, esta situación se explica por la aceleración que ha experimentado el derecho surgido de algunos actores transnacionales, que cuestiona las nociones básicas del orden público y del orden internacional; y aunque el Estado mantiene su papel como principal productor de normas, la mundialización de los intercambios y la internacionalización de la producción provocan que las formas tradicionales de hacer cumplir los valores sustentados en el marco institucional pierdan su pertinencia.

Por otro lado, al interior del Estado, sobre todo en el plano económico, la no coincidencia entre el territorio y las formas de la actividad productiva, resultado de la dinámica de los movimientos extranacionales, hace que el ciudadano perciba al Estado como parte del mismo movimiento y no como su controlador. En consecuencia, las sociedades presentan una creciente desafección hacia una forma de organización política que cada vez se muestra menos capaz de responder a los resultados negativos de la transnacionalización en el ámbito económico, social y cultural.

Así, una vez que el Estado no puede garantizar la seguridad de su sociedad, el sistema político deja de ser el principal sistema de asignación de valores, mientras que otro tipo de organizaciones (como la Organización No Gubernamental) resuelven tareas por él desatendidas.

La falta de un centro regulador tanto en el plano nacional como en el internacional enfatiza los particularismos nacionales y agudiza la fragmentación, por lo que el desafío más importante será la creación de reglas que controlen el comportamiento de los Estados y de los grupos sociales.

El mundo es cada vez menos “inter-nacional” en su forma de distribuirse, y está buscando establecer nuevas relaciones a través de nuevas unidades. La estructura interestatal tradicional no responde a los retos de la actualidad mundial, mientras que el Estado ha dejado de cumplir la función de seguridad que le confiere su legitimidad, aunque —señalan los autores— no existe hasta la fecha una forma de organización política capaz de institucionalizar las relaciones mundiales.

La transnacionalidad, el surgimiento de los bienes comunes, la emancipación del individuo y las nuevas formas de agrupamiento, hacen del escenario internacional contemporáneo un orden de soberanía limitada, es decir, de Estados-nación con poca capacidad políti-

ca en un contexto en el que se acentúan diferentes modos de exclusión económica, política, social y cultural.

En suma, esta obra nos deja ver que en el futuro enfrentaremos paralelamente a la idea, cada vez más generalizada, de la pertenencia de la sociedad mundial a un "solo mundo", la falta de una definición clara y coherente del bien común que dé un verdadero sentido de conjunto a la humanidad, pues la diversidad de intereses impide la construcción de un compromiso colectivo, ante la indeterminación de una unidad adecuada que garantice las grandes regulaciones. La transformación del mundo otorga al orden internacional ca-

racterísticas paradójicas debido a la dispersión del poder y la acción, pues mientras que emancipa a los individuos, restringe las soberanías y libera los particularismos al tiempo que obstaculiza la institucionalización.

Bertrand Badie y Marie-Claude Smouts,
Los operadores del cambio de la política mundial.
Sociología del escenario internacional,
México, Fundación Nacional de Ciencias Políticas
de Francia & Dalloz-Publicaciones Cruz,
2000, 248 pp.